

"Os doy una hora para decidir", le dijo el señor Mombiedro de la Torre, presidente de la Hermandad Nacional de Labradores y Ganaderos, al comisionado de la industria conservera murciana. Y añadió que "de lo contrario, tendremos que tomar medidas". El comisionado de Murcia, un hombre pequeño de cuerpo, con los ojos vivos, aunque era algo tímido y no muy versado en la retórica sindical, no parecía impresionarse ante el tono con que le hablaba el presidente, y le cedía la baza verbal ante la agraria concurrencia. Se reía por debajo de la nariz. Cuando hacia la una y media de la tarde del domingo 23 de septiembre, el señor Mombiedro de la Torre suspendió por una hora la reunión, llevámbamos ya tres encerrados en el salón de actos del complejo deportivo y recreativo de Educación y Descanso, popularmente llamado "el frontón", de la ciudad de Tudela, capital de la Ribera navarra. Que el hombre de Murcia, al que los agricultores llamaban familiarmente Juan José, era el protagonista de la reunión saltaba a la vista por las constantes alusiones que se le hacían, y venía ya sugerido por el hecho de que aunque existe una buena industria conservera en Navarra, la mayor parte de los pimientos que se producen en la zona son envasados en las fábricas de Murcia. La pregunta que Juan José tenía que hacer telefónicamente a sus representados —"yo soy un mandao y no puedo comprometerme", había dicho— era la de si aceptaban el precio mínimo de seis pesetas por kilo de pimientos que los agricultores y algunos fabricantes navarros habían propuesto en la reunión que se estaba celebrando.

El lector conoce por la prensa diaria los principales episodios de la "guerra del pimiento", que estalló la semana pasada en la ribera del Ebro en Navarra y Aragón. Los agricultores, enfurecidos por la formidable baja del precio de los pimientos —después de haberse hecho el año pasado a 14 y 12 pesetas el kilo, se han vendido este año a cuatro y a tres, y algunos mayoristas han ofrecido comprar a dos cincuenta y aun a menos—, cortaron las carreteras con sus remolques llenos de pimientos y colocaron traviesas en la vía del ferrocarril. Muchos automovilistas pasaron, con este motivo, la noche en sus vehículos, y algún exprés, y otros trenes sufrieron retrasos de un día en sus trayectos. En Tauste, la Fuerza Pública cerró el paso a una marcha de tractores que se dirigían a Zaragoza con el propósito de arrojar los pimientos en medio de la plaza de la basílica del Pilar. En Ribaforada resultó algún agricultor herido de consideración en la lucha sostenida para impedir que se despejara la vía férrea. Cuando yo llegué a la zona, el sábado por la tarde, al día siguiente de los últimos acontecimientos, había aún una gran tensión. Grupos de hombres estaban reunidos en los bares y formaban corros en las calles de todos los pueblos afectados: Buñuel, la capital del pimiento —pues en su plaza se negocia casi todo el que allí se produce—, situado a nueve kilómetros de Tudela, y también Ribaforada, Cortes, Fustiñana, Cabanillas, Monteagudo y otros de Navarra, y Mallén, Gallur, Novillas, Egea y los pueblos de las Bardenas, en Aragón. Me contaron que había habido agresiones a algunas autoridades locales, alcaldes, jefes de Hermandades y diputados forales. Estos agricultores de la Ribera, como me decía un colorista narrador local, "tienen más fuerza que un tractor en primera" y pusieron "como un conejo" a alguno de los jefecillos rurales que acudieron a apaciguar a los rebeldes. Es la primera vez que se produce una acción de este tipo, que recuerda los no muy lejanos precedentes franceses, en un país en que, como en el nuestro,

silla de pista

LA GUERRA DEL PIMIENTO

los sufridos agricultores, según dijo uno de ellos en la reunión del domingo, "somos de aguante y lo aguantamos todo". Su exasperación ahora se percibe en la frase que dicen que, en el curso de las manifestaciones, dijo un labrador navarro: "He vendido todos los pimientos a tres cincuenta, y como estoy arruinado, lo mismo me da vivir que morir".

El señor Mombiedro de la Torre había llegado a Tudela el domingo por la mañana con el ánimo de resolver "hoy mismo" el problema planteado. Los agricultores habían depuesto su actitud en la mañana del sábado después que se les hicieran promesas vagas de un precio suficiente para cubrir al menos sus gastos. En la reunión de "el frontón" de Tudela la audiencia estaba mayoritariamente formada por jefes locales de Hermandad, alcaldes, delegados de Sindicatos y Cámaras Agrarias, y otros cargos, que, aunque dedicaban muchos de ellos su actividad privada a la agricultura, intervenían en los debates en su calidad oficial. También había algunos labradores... La propiedad en la zona está bastante repartida, y una finca de veinticinco hectáreas se considera una gran propiedad, como no podría ser de otro modo tratándose de una zona de regadío. La medida agraria de la zona es la "robada" o "robo", que equivale a la undécima parte de una hectárea, y la mayoría de los campesinos poseen fincas pequeñas, muchos de ellos de una o dos robadas. Los que no tienen nada trabajan la tierra ajena en calidad de "medialistas" o medieros. El problema que ahora se ha planteado no es el de un conflicto entre agricultores pobres y agricultores ricos —pues para todos ha sido ruinoso el cultivo del pimiento—, sino un conflicto entre los agricultores y los conserveros compradores del producto. El "cuerpo del delito" es el pimiento llamado "morrón" o industrial, que es el que sirve para enlatar y que es más pequeño que el llamado "vizcalno" o "de plaza".

Si tuviera que definir la reunión con una palabra, diría que uno tenía todo el tiempo la sensación de estar sufriendo una pesadilla. Si no fuera porque el sindicalismo español nos tiene acostumbrados al género "onírico", uno no se habría terminado de creer lo que allí estaba ocurriendo. He aquí que el presidente de la Hermandad Nacional de Labradores y Ganaderos acude a Tudela un domingo por la mañana ("Gracias, presidente, por haber renunciado a tu descanso para estar al lado de los hombres del campo", le dijo un cargo local), para resolver "hoy mismo" un problema de precios del kilo de pimientos que una abundantísima cosecha ha hecho bajar a niveles irrisorios. (Hay que advertir que el problema no hará más que agravarse cuando venga la cosecha de la zona alta de la Ribera navarra,

en los términos de Lerín, Andosilla, Carca, Funes, Falces, Azada, etcétera, que es más tardía). Y se comprueba, en la reunión presidida por él, que no hay absolutamente ningún dato fidedigno respecto a la cantidad real de pimientos que hay y va a haber en estos días, ni a la superficie dedicada a este cultivo. "Quince mil toneladas", "Treinta mil toneladas", "Cincuenta mil toneladas", "Ochenta mil toneladas", me decían, a ojo, mis informantes, por transcribir algunas de las cifras que oí. El señor presidente, por su parte, intentaba apaciguar los ánimos sugiriendo que la Hermandad Nacional tenía unas cantidades de dinero —"dinerito", dijo— disponibles para cubrir los excedentes de pimiento. Pero no tenía idea de cuánto podía costar la operación. Empezó diciendo que quizá podrían encontrarse quince millones, y luego, de pronto, llegó a treinta. El fracaso de la reunión del domingo, debido principalmente a que el murciano Juan José no se presentó con la contestación telefónica de sus representados —no se presentó ni a las dos y media ni tampoco a las cinco de la tarde, después de la nueva suspensión de la reunión—, hizo que Mombiedro de la Torre, a pesar de su firme decisión de resolver "hoy mismo" la cuestión, sugiriera la celebración de una nueva reunión para el lunes, a fin de tratar de determinar con cuántos pimientos teníamos en realidad que habérnoslos. Algunos de los fabricantes navarros que estaban presentes —no más de tres o cuatro— dijeron que aceptaban el precio mínimo de seis pesetas. En el aire de la sala flotaba la sensación de que esto era inútil, porque se rumoreaba que en Toledo, en Extremadura y en la vecina comarca de Aljaro se encontraban pimientos a tres y cuatro pesetas el kilo. Y, en cualquier caso, los conserveros no dijeron cuántos pimientos podían absorber en sus fábricas. Los agricultores, por su parte, sostenían que la baja se debía a que se habían unido los fabricantes para rebajar los precios, pero que, en realidad, estaban "con hambre de pimientos". Aquí salieron a relucir una serie de complicados problemas respecto a la capacidad de producción de las fábricas, ahora ocupadas con la campaña del tomate, falta de mano de obra, etcétera. Se miraban unos a otros los circunstantes respecto a lo que se podía hacer para deshacerse del pimiento. Trazaron un burocrático esquema de funcionamiento, centralizado en las cámaras, lo que eliminaba la comisión de los intermediarios ("Por favor, esto sólo provisionalmente, no para el futuro. Los señores intermediarios nos merecen todos los respetos", se dijo en la mesa presidencial). Toda la reunión estuvo jalonada de gritos de protesta, de amenazas de los campesinos en el sentido de arrojar los pimientos al río, destruir la mitad de las cosechas arando los campos y hasta de salir de nuevo con los remolques; de retóricas frases sindicalistas sobre la actitud "señorial" de los campesinos, de vagas promesas cooperativistas para el año que viene, y hasta de incómodas alusiones a la prensa por parte de Mombiedro de la Torre ("queremos que esté la prensa, pero una prensa silenciosa", dijo, contestando a la protesta formulada por un reportero ante una acusación genérica que alguien había hecho contra los periodistas, aunque posteriormente rectificó y pidió excusas). En fin, con los ambiciosos proyectos burocráticos que allí se formularon, con la incompariencia del hombre de Murcia, con el escepticismo de los fabricantes y la desconfianza de los agricultores, expuestos, ahora como siempre, a la indefensión ante las fluctuaciones del mercado, terminó la retórica, onírica, indocumentada, kafkiana y sindical reunión con que temporalmente se puso fin al conflicto denominado "la guerra del pimiento". ■ LUIS CARRANDELL.